

1. Un ambiente de oración

Si algo distingue la oración del cartujo es la sencillez. Dado que nuestro género de vida transcurre en un ambiente de silencio y retiro, la oración para el cartujo es algo tan sencillo como *estarse con el Señor*. A veces nos preguntan cuántas horas de oración hay en la Cartuja. Sólo la oración litúrgica ocupa tres o cuatro horas diarias. Después habría que añadir el tiempo que cada uno dedica a la oración en su celda. Todo esto es un poco teórico ya que, en realidad, toda la vida del cartujo está empapada, sumergida en la oración. El silencio y retiro de su celda no tienen otro fin que el de crear un ambiente favorable a la oración, un ambiente propicio para que viva en una oración constante, en cuanto sea posible. La oración es la entraña misma del cartujo. Del cartujo fiel a su vocación podría decirse lo que uno de los primeros biógrafos dijo de San Francisco de Asís: "*Non tam orans, quam oratio factus*", un hombre que más que orar era todo él una oración.

Los "*Estatutos*", que regulan la vida del cartujo, sólo persiguen un fin: ordenar todo de tal manera que el monje logre la unión con Dios a través de la dedicación asidua a la oración.

2. Inmersión en la oración

La ceremonia del enceldamiento, con la que el joven monje comienza el noviciado, escenifica la importancia que, en adelante, va a tener la oración en su vida.

"El mismo día, si es posible, al novicio, vestido en privado, se lo conduce a la iglesia, y, postrado, ora en la grada del presbiterio. El Prior, revestido de cogulla eclesiástica y estola blanca, se coloca en la última silla del coro derecho. Los monjes, de rodillas, coro contra coro, cantan el versículo "Veni, Sancte Spiritus". Una vez terminado, inclinados todos sobre las misericordias, el Prior dice un versículo y añade una oración.

Después, el novicio es conducido por todos a la celda, cubiertos, cantando los salmos 83 ("¡Qué deseables...!"), 131 ("Señor, tenle en cuenta...") y 50 ("Misericordia..."). Va primero el Prior, sigue el novicio, después el Procurador u otro llevando el agua bendita y, finalmente, la Comunidad por orden de antigüedad. Al llegar el Prior a la puerta de la celda, asperja al

novicio y a la celda misma, diciendo: "Paz a esta casa", y, tomando al novicio de la mano, lo introduce y lo lleva al oratorio, donde éste ora arrodillado. Terminado el rezo de los salmos por la Comunidad, siguen las preces indicadas en el Ritual.

Una vez concluidas las preces, el Prior impone al novicio la obligación de guardar la celda y todas las demás observancias y ejercicios propios de nuestra Orden, a fin de que en soledad y silencio, y en asidua oración y generosa penitencia, se consagre a solo Dios. Y lo encomienda al Maestro de novicios" (Estatutos 36,5). Con esta ceremonia se quiere dar a entender al novicio que, en adelante "su vida estará principalmente consagrada a la oración" (Ib.36, 1).

La oración suele costar en los comienzos de la vida religiosa. Los jóvenes han vivido normalmente sumergidos en un mundo de imágenes, de ruidos, de cambios constantes. Estarse quieto, hacer silencio, concentrarse, orar despacio, cuesta. Se requiere constancia para perseverar en la oración y no desanimarse porque, sobre todo en los comienzos, las distracciones son frecuentes, la falta de hábito hace penoso y largo el tiempo dedicado a la oración.

3. La Lectio divina

No existe un método particular de oración en la Cartuja. Más bien el P. Maestro tiene que adaptarse a las necesidades, tendencias personales y al grado de adelantamiento espiritual de cada novicio.

Normalmente el novicio cartujo comienza su aprendizaje en los caminos de la oración por lo que en la tradición monástica se ha llamado la "Lectio divina". Este método de oración tradicional en los monasterios consiste en leer pausadamente un pasaje de la Sgda. Escritura y rumiarlo lentamente. Después, en silencio, uno se sirve de los sentimientos de agradecimiento, alabanza, arrepentimiento, que dicho texto provoca en nuestro interior para hacer de ello oración al Señor. Cuando ese texto ya no nos dice nada especial, o sobreviene la distracción, se vuelve a leer otro corto texto y se le deja calar en el corazón. Este método de oración es muy sencillo y reduce notablemente las distracciones.

4. Educar para la contemplación

Es importante que la oración del novicio, tienda a la simplificación convirtiéndose en una sencilla y amorosa mirada al Señor. Aunque sólo sea en sus primeros grados de simple mirada, o de quietud es vital que el novicio saboree la oración contemplativa. El P. Maestro, con mucha prudencia debe educar en la contemplación, consciente de que ésta es la meta de la oración.

Normalmente si un novicio recibe la gracia de la experiencia contemplativa, por sencilla y corta que sea, estará ya preparado para superar los momentos de desaliento, aridez y crisis que no suelen faltar en el tiempo de noviciado. Vivir habitualmente en la presencia de Dios, en el trato continuo y orante con la palabra de Dios en el Oficio Divino y en los ratos dedicados a la "*Lectio Divina*", van arrancando el "hombre viejo" que duerme en las profundidades de cada uno. El joven monje va liberándose de la tiranía de los sentidos y pasiones, del fuerte reclamo del mundo sensible del que ciertamente se despidió al entrar en la Cartuja pero que sigue ahí, agazapado en su interior. Va superando así la dispersión de los sentidos, la superficialidad, la inconstancia y toda su vida se va penetrando casi imperceptiblemente de la cercanía de Dios. Ahora, en el recogimiento, en el silencio interior que invaden su espíritu le son casi connaturales los sentimientos de adoración, de gratitud y gozo en el espíritu. Si falta este pilar de la oración contemplativa, la vocación estará siempre expuesta al desaliento, a los vaivenes de los sentimientos cambiantes, al cansancio, a la aridez y falta de ilusión por las cosas del espíritu, que suelen estar muchas veces en la base de la mayoría de los abandonos de la vida monástica.

5. Oración y trabajo

Pero la vida del monje no es sólo oración. El trabajo ocupa un puesto importante sobre todo en la vida del Hermano ya que cada día dedica entre cinco y seis horas a las diversas labores del monasterio: campo, cocina, sastrería, carpintería, albañilería, etc. El trabajo de los monjes del claustro, por el contrario se realiza, salvo raras excepciones, en el ámbito de su celda, donde dispone de un pequeño taller de carpintería, torno de madera, o puede dedicarse a tareas de encuadernación, escultura, cerámica o pintura según sus habilidades. También cada celda dispone de un huerto que el monje del

claustro cultiva plantando flores y hortalizas.

Y surge el viejo problema de la compatibilidad o incompatibilidad entre oración y trabajo manual. Los Estatutos son conscientes de esta dificultad práctica, por eso inculcan frecuentemente al monje: “... *que toda nuestra actividad nazca siempre de la fuente interior, a ejemplo de Cristo... Así seguiremos a Cristo en su vida humilde y oculta de Nazaret, tanto cuando oramos a Dios en lo secreto, como cuando trabajamos por obediencia en su presencia*” (Estatutos 5,7)

Realizar el trabajo manual “*en su presencia*” es una buena receta para que el recogimiento y el ambiente de oración no quede ahogado por los trabajos que se realizan y que normalmente requieren atención. Sería difícil, incluso peligroso, empeñarse en una oración continua en el trabajo, a modo del peregrino ruso, repitiendo incesantemente “la oración de Jesús”: “Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí, pecador”, que ha caracterizado cierta espiritualidad del monacato oriental. Hay que buscar otros medios más normales y equilibrados de mantener una suave presencia de Dios en medio de los trabajos y ocupaciones de la jornada:

“Trabajar por obediencia en su presencia”, como proponen los Estatutos (5,7) es ya una manera práctica de convertir el trabajo en oración. Eso sí, levantando con frecuencia la mente y el corazón a Dios por medio de cortas oraciones jaculatorias, una sencilla mirada a Dios, de forma que no transcurra un cuarto de hora sin que nuestro espíritu se haya acercado al Señor con una humilde oración o una mirada del corazón. Eso es lo que los Estatutos recomiendan al cartujo: “... *siempre es aconsejable, mientras se trabaja recurrir por lo menos a las breves oraciones llamadas jaculatorias*” (Estatutos, 5,3).

El trabajo, así realizado, apenas se distingue de la oración. Puede incluso suceder que para algunos caracteres “*el peso del trabajo sirva de ancla que sujete el vaivén de los pensamientos, ayudando con ello al corazón a permanecer fijo en Dios constantemente, sin fatiga mental*” (Estatutos, 5,3).

En concreto este espíritu de oración en el trabajo es algo así como un sacramento que llevará al hermano cartujo, que dedica buena parte de su jornada al trabajo manual, a una auténtica oración contemplativa: “*El recogimiento de espíritu durante el trabajo conducirá al hermano a la contemplación. Para conseguirla podrá recurrir siempre durante el trabajo a breves oraciones, como dardos, incluso interrumpir a veces su tarea con alguna breve oración*” (Estatutos, 15,10) cosa que normalmente se hace en la Cartuja siempre que el reloj de la torre da la hora, para rezar una breve oración en memoria de la Anunciación del Señor a María.

6. Una elección radical

Podría escandalizar que los Estatutos prohíban al cartujo cualquier ministerio pastoral externo: en concreto se le prohíbe predicar, confesar, dar dirección espiritual, incluso por carta. Y es que en una orquesta uno no puede tocar todos los instrumentos. La elección de la vida de oración en soledad exige al cartujo renunciar a cosas muy buenas y santas en sí mismas, pero que le impedirían realizar su vocación específica: dedicar su vida a Dios en el silencio de su celda. En este sentido nuestros Estatutos son claros y no dejan ningún resquicio a situaciones particulares ni se prevén excepciones:

”Como nuestro Instituto está ordenado enteramente a la contemplación, hemos de guardar fidelísimamente nuestra separación del mundo. Estamos, por tanto, exentos de todo ministerio pastoral, por mucho que urjan las necesidades del apostolado activo, a fin de cumplir nuestra propia misión dentro del Cuerpo Místico.

Mantenga Marta su ministerio, laudable ciertamente, aunque no exento de inquietud y turbación; pero permita a su hermana que, sentada junto a los pies del Señor, se dedique a contemplar que Él es Dios, a purificar su espíritu, a adentrarse en la oración del corazón, a escuchar lo que el Señor le diga en su interior; y así pueda gustar y ver un poquito, como en un espejo y confusamente, cuán bueno es el Señor, mientras ruega por su hermana y por todos los que se afanan como ella. María tiene a su favor no sólo al más imparcial de los jueces, sino también al más fiel de los abogados, al mismo Señor, que no se limita a defender su vocación, sino que hace su elogio, diciendo: "María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada". De esta manera la excusó de mezclarse en los cuidados y desasosiegos de Marta, por piadosos que fuesen” (Estatutos, 3,9).

7. Una vida jalonada por la oración litúrgica

La liturgia tiene en la Cartuja un lugar relevante y a ella dedica el cartujo bastantes horas al día, ya en la iglesia, ya en su celda.

A diferencia de la mayoría de las órdenes monásticas, el cartujo reza en el oratorio de su celda las Horas de Prima, Tercia, Sexta, Nona y Completas.

La Vigilia nocturna, es decir, Maitines y Laudes, que se cantan en la iglesia a media noche, es sin duda uno de los momentos de oración más apreciados por el cartujo. En vistas a la Vigilia nocturna, el cartujo se acuesta muy pronto, entre las 7,30 y 8 de la tarde, para levantarse a las 11,30 de la noche. En su celda reza primero Maitines del Oficio de la Santísima Virgen y a las 0,15 se dirige a la iglesia conventual donde se cantan Maitines y, tras un rato de silencio, Laudes. La duración de estos oficios varía según las épocas del año y la importancia litúrgica de cada fiesta. Los días con Oficios de doce lecturas los oficios se prolongan hasta las 3 de la mañana. Llegado a su celda, después de rezar Laudes del Oficio de la Virgen, el monje vuelve a acostarse hasta las 6,45 de la mañana que empieza su nuevo día.

Una curiosidad de la Orden es que siempre se antepone la Hora del Oficio de la Virgen María a su correspondiente Hora del Oficio del día, excepto en la Hora de completas, que cierra la jornada; aquí se rezan primero las Completas del día y a continuación Completas de la Virgen, para terminar el día con María, como se comenzó.

La Misa conventual se suele tener a las 8 de la mañana y es cantada. Dada la vida básicamente eremítica del cartujo, éste suele celebrar privadamente su misa, excepto los domingos y solemnidades en que normalmente se concelebra.

A las 4,15 de la tarde la comunidad vuelve a reunirse en la iglesia para el canto de Vísperas.

8. Vida litúrgica y oración silenciosa

Los Estatutos destacan la importancia que tiene en la vida del cartujo la oración litúrgica:

“Mientras celebran el Oficio divino, los monjes se hacen voz y corazón de la misma Iglesia, que por medio de ellos ofrece a Dios Padre, en Cristo, culto de adoración, alabanza y súplica, y pide humildemente perdón por los pecados. Cargo de suma importancia, que desempeñan los monjes, ciertamente a través de toda su vida, pero más expresa y públicamente por medio de la sagrada Liturgia.

Siendo ocupación del monje meditar asiduamente las Sagradas Escrituras, hasta que se conviertan en algo connatural, cuando se nos presentan por la

Iglesia en la Sagrada Liturgia, las acogemos como pan de Cristo.

La Liturgia conventual se canta siempre. Nuestro canto gregoriano, el cual sabemos que fomenta la interioridad y la sobriedad del espíritu, es parte tradicional y sólida del patrimonio de la Orden.” (Estatutos, 21, 8-10).

La oración litúrgica hace al cartujo consciente de que, a pesar de ser un solitario, su oración se une a la de toda la Iglesia y hace presente ante el Padre la alabanza, los deseos, las necesidades de todos los hombres:

“Cuando celebramos en el coro el culto divino o recitamos en la celda el Oficio, nuestros labios pronuncian la plegaria de la Iglesia universal, pues la oración de Cristo es única, y por medio de la sagrada Liturgia se hace extensiva a cada uno de sus miembros. Además, entre los monjes solitarios los actos litúrgicos manifiestan de un modo peculiar la índole de la Iglesia, en la cual lo humano está ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación.” (Estatutos, 41,2).

Pero incluso la oración litúrgica en la iglesia está marcada por silencios que, a primera vista, la hacen poco participativa, pero más honda y vital. Así, por ejemplo, al hablar de la Misa conventual en la que los momentos de silencio abundan, dicen los Estatutos: *“En los momentos de silencio durante la Misa se da lugar a la oración y meditación de lo que hace y ofrece el celebrante, para que todos participen en el sacrificio tanto ofreciéndolo como comulgando espiritualmente. Pues no hay sobre la tierra lugar tan apto ni tampoco tan oportuno para la oración en Espíritu, por la singular presencia de la divina Majestad, como aquellos en que se ofrece a Dios el santísimo Sacrificio redentor” (Estatutos, 59,9).*

Igualmente durante el rezo de las Horas *“...se alimenta la devoción interna con la salmodia y se puede vacar el tiempo restante a la oración callada del corazón sin hastío ni cansancio” (Estatutos, 3, 7).*

A los Hermanos, aunque se les aconseja participar en el canto del Oficio Divino, se les permite *“... unirse al Oficio diurno o nocturno mediante una oración libre y silenciosa” (Estatutos, 49, 10).*

9. La oración de intercesión hace al cartujo cercano a los problemas y necesidades del mundo

“Puesto que el Señor nos ha llamado para que representemos ante él a toda

criatura, es necesario que intercedamos por todos: por nuestros hermanos, familiares y bienhechores y por todos los vivos y difuntos”. (Estatutos, 21,13).

Ésta es una parte importante de la oración, presentar al Padre las necesidades del mundo. Son muchas las personas que de una forma o de otra nos piden oraciones: enfermos, padres angustiados por problemas familiares de todo tipo, personas que tienen que tomar decisiones importantes, súplicas por familiares o amigos difuntos... Aunque el cartujo no lee periódicos ni escucha radio ni ve televisión, tiene suficiente conocimiento de las necesidades del mundo y de la Iglesia gracias a media docena de revistas religiosas que puede consultar.

“Separados de todos, nos unimos a todos para, en nombre de todos, permanecer en la presencia de Dios vivo”. (Estatutos, 34,2). Sería una contradicción que nuestra unión con el Señor nos alejara de los problemas y necesidades del mundo y de las personas particulares. Ciertamente no es propio del cartujo andar pendiente de los asuntos de las familias, ni tratar de solucionar problemas con su palabra, por teléfono o por escrito, pero en la oración presenta a Dios todas esas necesidades que vive y siente de manera muy real: *“Si realmente estamos unidos a Dios, no nos encerramos en nosotros mismos, sino que, por el contrario, nuestra mente se abre y nuestro corazón se dilata, de tal forma que puede abarcar al universo entero y el misterio salvador de Cristo.” (Estatutos, 34,2).*

De hecho, todos los rezos de las Horas del Oficio Divino terminan con las “preces” o súplicas por todas las necesidades del mundo y de la Iglesia. A modo de ejemplo en los tres formularios de “preces” más corrientes, con las que terminan las Horas del tiempo ferial, se puede ver qué tipo de súplicas presenta el cartujo diariamente al Señor.

En Laudes:

A ti, Dios Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo.

Todo honor y gloria.

Tú, que de las tinieblas nos has llamado a tu luz admirable.

Concédenos vivir como hijos de la luz, en Cristo.

El Espíritu Santo venga en ayuda de nuestra debilidad,

Para que sepamos orar por los hijos de Dios como conviene.

Aliméntanos con el manjar espiritual,

Para que tu amor llegue en nosotros a su plenitud.

Todo lo que hoy se haga en la tierra.

Cúmplase en nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Envía, Señor, trabajadores a tu campo.

Pues la mies es mucha y los obreros pocos.

Haz que permanezcamos en tu presencia.

Como víctimas santas, agradables a Dios.

Enseñanos a amarnos de corazón unos a otros.

Como Cristo nos ha amado.

En Vísperas:

Por la sangre del Hijo y con la fuerza del Espíritu.

Padre, congrega en torno a ti la creación entera.

Acuérdate, Señor, de tu Iglesia.

Y haz que crezca en tu amor.

Pastor bueno, atrae a todas las ovejas.

Para que haya un solo rebaño y un solo Pastor.

Oremos por los que lloran y sufren.

Consuélalos, Señor.

Por los que tienen hambre y sed de justicia.

Sácialos, Señor.

Por los perseguidos por causa de tu Nombre.

Concédeles, Señor, tu reino.

Que todos los pueblos te reconozcan como el único Dios verdadero.

Y a tu enviado, Jesucristo.

Acoge en tu gloria a todos los difuntos.

Cuyo corazón tú solo conociste.

Para que concordes y a una voz alabemos a Dios,

Ven, Señor Jesús.

Horas menores:

Concédenos, Padre, el espíritu de fe y de revelación.

Para comprender cuál es nuestra esperanza.

Haz que reine entre los hombres.

La paz y la concordia.

A los que ejercen servicio de autoridad entre sus hermanos.

Infúndeles el espíritu de sabiduría y humildad.

Todos los consagrados a ti.

Perseveren en la oración con un mismo espíritu.

Otórganos, Señor, completar en nuestra carne.

Lo que falta a los padecimientos de Cristo por su Iglesia.

A nuestros parientes y bienhechores.

Concédeles tu bendición para la vida eterna.

Ensalza a los humildes, sacia a los hambrientos.

Pues eres un Dios misericordioso.

En la vida y en la muerte.

Siempre tuyos, Señor.

Libera a la creación de la servidumbre de la corrupción.

Para que alcance la libertad y la gloria de los hijos de Dios.

10. Todo en nuestra vida converge hacia la oración contemplativa

El cartujo no tiene como misión la enseñanza, ni la predicación, ni el estudio. Nadie espera del cartujo que sea un especialista en teología, ni un investigador, ni un escritor. Los Estatutos dejan bien claro que la oración es la gran vocación del monje cartujo y por eso se le pide que sea parco en lecturas profanas. Incluso los libros *“que son el alimento perenne de nuestras almas... deben ser cuidadosamente seleccionados para utilidad de cada cual. Pues en la soledad nos dedicamos a la lectura no para conocer todas las nuevas opiniones, sino para alimentar la fe en la paz y favorecer la oración”* (Estatutos, 23,15).

En la Cartuja todo se subordina a la oración y todo debe terminar en oración. Los Estatutos dicen que todo el conjunto de nuestra vida debe unificarse y convertirse en una constante oración.

Día a día, en el silencio de su celda, el monje, de manera casi siempre imperceptiblemente, va consiguiendo unificar su vida, poseerse a sí mismo, orar desde lo hondo, pasándolo todo por el corazón, esperando que el Señor, con sus gracias de oración, le vaya acercando cada vez más a Él en una oración cada vez más pura y contemplativa.

Expresiones como: *“conseguir que todo el conjunto de su vida se convierta en una constante oración”*, *“... que nuestro corazón permanezca fijo en Dios constantemente”* *“... estabilizar en Dios nuestros pensamientos y afectos”* y otras parecidas que aparecen frecuentemente en los Estatutos, sólo se pueden entender y vivir a la luz de la gracia de la contemplación, ese don que Dios concede a las almas sencillas, abiertas a su gracia, olvidadas de sí mismas y definitivamente fascinadas por Él. Esto es sin duda lo que la Iglesia espera del cartujo.

Algunas oraciones de la Cartuja

Padre, por medio de tu Espíritu nos has conducido al desierto para unirnos a ti con íntimo amor; concédenos escuchar en silencio tu Palabra y arder siempre en el fuego de tu divina caridad.

Llena, Señor, nuestro corazón de compunción y mantenlo en tu presencia, para que nos convirtamos cada día ti.

Acrecienta, Señor, tu misericordia sobre nosotros, para que en el silencio del desierto, consigamos aquel ojo limpio cuya serena mirada hiere de amor, y aquella caridad cuya pura transparencia permite contemplarte.

Acaba, Señor, en nosotros la obra comenzada para que, sin fiarnos de nuestras fuerzas, sigamos a Cristo pobre y merezcamos ser enriquecidos con su pobreza.

Oh Dios, que penetras los corazones y colmas sus más callados deseos, concédenos dar testimonio de tu Majestad hasta con nuestro mismo silencio.

Dios de misericordia, haz que olvidemos cuanto dejamos ya atrás para que, con corazón sencillo y espíritu purificado, podamos fijar siempre en ti nuestros pensamientos y afectos.

Padre de inmensa bondad, cuya divinidad infinita está por entero presente en todas las criaturas, enséñanos a descubrir tu imagen en todos los hombres, y a servirte en cada uno de ellos.

Te pedimos, Señor, que nuestros corazones encendidos por la luz del Espíritu Santo busquen y conserven, a ejemplo de María, tu voluntad y tu palabra.

Dios y Creador del universo, secunda el trabajo de nuestras manos y pues vivimos y existimos en ti, dignate asociarnos al perfeccionamiento de tu creación.

Padre santo, nosotros no sabemos orar como conviene; danos tu Espíritu para que venga en ayuda de nuestra debilidad e interceda por nosotros como tú quieres.

Seño, Dios nuestro, concédenos vivir siempre alegres en tu servicio, porque en servirte a ti, creador de todo bien, consiste el gozo pleno y verdadero.

Seño, sin mérito por parte nuestra, nos has concedido el sosiego de la soledad; haz que viviendo sólo para ti en el silencio, ofrezcamos frutos de salvación a la iglesia y al mundo.

Dirige, Señor, tu mirada sobre las tareas de nuestra humilde existencia y acoge las plegarias de tus siervos, para que, después de haberte buscado con perseverancia en la oración, nos alegremos por la fe de haberte encontrado.

Los caminos de tus preceptos nos deleiten, Señor, más que todas las riquezas y no temeros carecer de nada, al saberte junto a nosotros.

Oh Dios, Bondad infinita, haznos comprender siempre, cuán hermosos es

dejarnos aleccionar por el Espíritu Santo, para que gustemos ya en esta tierra, un anticipo de los frutos de la divina sabiduría.

Fortalécenos, Señor, con tu Espíritu para que formado nuestro hombre exterior por la observancia monástica, te busquemos con mayor fervor en nuestro hombre interior.

Infunde, Señor, en nuestros corazones el deseo ardiente de buscarte, para que te encontremos en todas las cosas.

Señor, dignate unirnos a la asamblea de tus santos Ángeles y haznos partícipes de su silencio para adorarte con corazón alegre.

Señor Jesús, que proclamaste dichosos a los puros de corazón; concédenos, cual lago límpido, reflejar la sola imagen de Dios.